

DON JUAN GÓMEZ CRESPO

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO Y DIRECTOR

A mi vuelta de Iznájar, acabo de pasar por La Campiña y he visto caer la lluvia sobre los trigos agostados. Dentro del regocijo que nos reporta el agua tras la larga sequía, me entristece el que ésta, en su hacerse esperar, no pueda ya cuajar la cosecha de este año. Hay veces en que el agua –como los homenajes– llega cuando ya es tarde. Realmente, no siempre que se siembra se recoge. No es extraño que el labrador sea sobrio, pues el futuro incierto le aconseja vivir con cautela el presente.

Siempre he reconocido en el talante mesurado de don Juan Gómez Crespo la parquedad prudente del labrador. Jamás lo he visto echar las campanas al vuelo; ha huido por sistema de la alharaca y el relumbrón. En él, la prodigalidad y el sensualismo de Andalucía se atemperaron, sin duda, en la aridez de la besana campiñesa y en la proverbial austeridad de los labradores de casta.

Dada la trayectoria de don Juan, no es presumible que su carácter sea fruto exclusivo de la marca indeleble que pueden imprimir los orígenes, sino más bien de esa pretendida fidelidad a su tierra y a sus gentes que le reconoce el eminente historiador don Antonio Domínguez Ortiz, cuando dice de él que “es un raro ejemplo de persona que ha cultivado amplias relaciones, que ha extendido su curiosidad intelectual por todos los ámbitos de Andalucía y España entera, que ha viajado repetidas veces por el ancho mundo sin que estas experiencias y estos contactos le hayan hecho perder sus raíces locales ni disminuir su afecto a la villa que lo vio nacer”.

En cualquier caso, de lo que no cabe duda es de que don Juan ha actuado en la vida como un mesurado y concienzudo labrador, que ha cimentado su actual prestigio en la honradez, la ecuanimidad, el trabajo y la perseverancia. Ni siquiera la sequía espiritual del olvido y la desidia, a la que tan proclives somos los humanos, podía agostar una siembra apuntalada con tan sólidos pilares.

Don Juan, como labrador, ha tenido años buenos y malos, a tenor de las veleidades climatológicas. Pero su pegujal más importante, aquel en el que ha

fructificado su buen hacer de hombre honesto y cabal, entregado a la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, hoy –no podía ser de otra manera– le está reportando la justa cosecha del general reconocimiento.

Desde que se jubiló en 1980, don Juan viene recogiendo los frutos de lo que sembró en los primeros setenta años de su existencia. Ya en la primavera de dicho año y poco antes de que culminara su carrera docente, el Seminario de Geografía e Historia del instituto de bachillerato “Luis de Góngora”, organizó un ciclo de conferencias en su honor, que vieron la luz en el libro *Córdoba. Apuntes para su historia*. Dos años después, el Ministerio de Educación le conceció la Encomienda de Alfonso X el Sabio, y en 1985 la Corporación Municipal de Fernán-Núñez reconoció su fidelidad al pueblo que lo vio nacer y todos sus desvelos en pro de la cultura y el patrimonio artístico del mismo, nombrándolo Hijo Predilecto, otorgándole la Medalla de Oro de la Villa Ducal y tributándole un cálido homenaje.

Otros organismos y asociaciones han auspiciado actos de reconocimiento a este hombre abnegado, que, a lo largo de su vida, ha servido a la sociedad cordobesa desde frentes tan diversos como la Comisión Provincial del Patrimonio Histórico-Artístico, el Tribunal Tutelar de Menores o la Junta Directiva del Círculo de la Amistad.

La Real Academia de Córdoba, de la que don Juan fue Director entre 1980 y 1988, le tributó un sentido homenaje en la tarde-noche del 25 de junio del pasado año. Ya entonces, destacamos su clara trayectoria de servicio a la Institución desde 1942 y su condición de Académico ejemplar, de faro y norte para quienes intentamos aventurarnos por un camino que él ha recorrido de modo insuperable.

También el Ayuntamiento de Córdoba se ha sumado a esta ya larga serie de reconocimientos otorgándose la Medalla de la Ciudad, que, Dios mediante, le habrá de ser impuesta en los próximos meses.

Hace unos días, el pasado 24 de abril, a la Real Academia de Córdoba le cupo el honor de acoger en su sede al Consejero de Educación de la Junta de Andalucía, al Defensor del Pueblo y a un importante número de Académicos de las distintas ciudades de la Comunidad Autónoma, que vinieron a la nuestra para celebrar el Día del Instituto de Academias de Andalucía y rendir homenaje a don Juan Gómez Crespo.

Este acto, con el que el Instituto de Academias de Andalucía quiso que el reconocimiento a don Juan trascendiera los límites de Córdoba, fue, sin duda, brillante y a ello contribuyeron las intervenciones del Consejero, el Presidente del Instituto y el Secretario del mismo. No obstante, cuando ahora intento recordarlo, es el emotivo discurso de don Juan lo que aflora con mayor nitidez a mi memoria.

Aunque su hijo Alfonso hizo intención de salir al estrado para agradecer el homenaje en nombre de don Juan, éste, como siempre, supo estar a la altura de las circunstancias. Sin pensárselo dos veces, tomó el micrófono y, erguido, ceremonioso, solemne, con la sobriedad propia del labrador y afrontando gallardamente la natural limitación de sus muchos años, llevó a feliz término el cometido que se había propuesto.

Arropada por el cariño de todos los presentes y apoyándose en su respetuoso silencio, la voz de don Juan se hizo oír para hacer, entre otras cosas, lo que sólo él podía hacer con propiedad: agradecer a Josefina y a sus hijos el apoyo que

siempre le han brindado.

El homenaje del Instituto de Academias de Andalucía, aunque ha llegado con las aguas de abril, no lo ha hecho a destiempo. Don Juan ha podido recoger esta parte importante de su cosecha y darnos de paso una lección más de pundonor.